

claran que no conciben lo que es la independencia universitaria, la dignidad de la cátedra y la libertad de la ciencia, si el catedrático oficial no tiene derecho á enseñarlo todo á la juventud, y á exponerlo todo en las aulas con el nombre de ciencia, sean delirios de sofista, sueños de demente ó blasfemias de impío. Proclaman, como gráficamente lo expresaba uno de sus representantes, «que es menester que todas las opiniones, hasta las más extrañas, si encuentran un hombre bastante extraño y osado para producirlas, se produzcan, y que la juventud aprenda por ese camino».

Entre tanto, tan singular confusion de licencia y monopolio está produciendo sus tristes frutos. La juventud sale del hogar doméstico, donde ha recogido virtudes y enseñanzas cristianas, para venir á sentarse en las aulas de institutos y universidades, donde no recibe sino impresiones contrarias á lo que vió y sintió en la infancia. Oye tratar de superstición la creencia sobre la cual descansa la virtud de su madre y los dogmas de donde deduce su padre los principios de moral que le sirven en la vida de regla práctica de honor y justicia. Y ante esa enseñanza contradictoria, entregada á dos fuerzas morales enemigas que se disputan el dominio de su corazón; impulsada en direcciones opuestas por la fé y por el racionalismo; aprendiendo al lado del maestro lo contrario de lo que aprendió junto á sus padres; incapaz todavía de tener juicio propio y de resistir á tales maestros y á tales enseñanzas, la juventud concluye por caer en el escepticismo, y su corazón se seca y marchita en la flor de la vida. Así la incredulidad se apodera hoy del hombre en el paso crítico de la infancia á la adolescencia, sin que haya manera de evitar que generaciones enteras resulten infestadas del pestilencial contagio.

¿Qué le ha de suceder al adolescente que aprendió de niño que Dios es el principio y fin de toda cosa, el Autor de lo creado, la Providencia del universo, el Juez supremo de lo justo y de lo injusto, en quien halla el hombre su origen y sus destinos futuros; que sin Dios, en fin, no se concibe la distinción entre el mal y el bien, el vicio y la virtud? ¿Qué le ha de suceder al adolescente que vió á su padre y á su madre arrodillándose para invocar el nombre de Dios clemente y misericordioso, si luego en el instituto ó en la universidad, aunque el sacerdote encargado de la cátedra de religión y moral le enseña de nuevo el dogma augusto, en cambio en

las cátedras de ciencias y letras, ó apenas le hablan de ello, ó bien tropieza con maestros que le enseñan que Dios no puede admitirse sino como una abstracción filosófica, y que, caso de existir, no cuida de las cosas de este mundo, y están, por tanto, demás el altar y la oración; y oye, en fin, sostener á nombre de la ciencia que el universo se formó por sí mismo, y obedeciendo á leyes fatales y ciegas, él mismo se desenvuelve en la eterna duración? ¿Qué le ha de suceder al adolescente que al abrir los ojos se encuentra con tan paavorosas contradicciones? Sale del hogar doméstico, donde, según su desgracia ó su fortuna, le tocó vivir con padres creyentes ó incrédulos, ó donde vió quizás que su padre negaba ó miraba con indiferencia los símbolos que adoraba su madre; y en las aulas encuentra la misma discordia profunda de sentimientos y doctrinas. Las dos enseñanzas contradictorias continúan disputándose su corazón y su entendimiento. Los unos le dicen que es superstición é incredulidad lo que los otros le presentan como principio de religión y de fé; y traído y llevado en tremendas alternativas por la lucha terrible que empeñan en torno suyo el cristianismo y la herejía, se siente rodeado de incertidumbres, sin poderse fijar en ningún principio, ni impresionarse vivamente con ningún pensamiento noble, ni acogerse con entusiasmo á algun sentimiento generoso. Ante tales alternativas, al oír que sobre las cuestiones más fundamentales sus maestros niegan los unos lo que los otros afirman, lo más natural que se le ocurra es que los principios de religión no deben ser muy esenciales cuando los maestros que le ha dado el Estado hablan de ellos con tal ligereza y desprecio. Y si luego ve á los mismos funcionarios públicos entrar en el templo y arrodillarse con aspecto de reverencia, y entre ellos descubre también quizás al mismo maestro que condenaba los dogmas, ó á su mismo padre, que en el hogar doméstico se reía de las oraciones de su madre, el adolescente inexperto se ha de figurar que en torno suyo se convinieron los hombres y se distribuyeron los papeles para representar una farsa en grande; pero que la sociedad, en el fondo, no cree nada de lo que enseña. De este modo la incredulidad se apodera de él, y en la hora más solemne de la vida, cuando ha de empezar á ser algo en el mundo, su corazón aparece ya degradado y envilecido, y tiene en su entendimiento un germen de corrupción que le ha de acompañar hasta la tumba.

De las impresiones contradictorias que recibió en su educación y enseñanza, le queda, pues, para siempre en el alma un dualismo funesto, que, poniendo en discordia sus ideas y su conciencia, le condena á vivir en la edad de razón entre incertidumbres y contradicciones cada vez mayores. Durante la infancia y la adolescencia se alimentó de dudas, acumuló principios y doctrinas incoherentes, se formó escéptico; y en la edad madura recoge los frutos amargos y las horribles tormentas del escepticismo. Entre angustias morales indecibles, alternativamente, tiene unas veces que ahogar los sentimientos de fé para no parecer supersticioso; y otras tiene que violentar sus convicciones para no parecer desalmado y perverso. En el hogar se siente separado de los suyos por inmenso vacío; no puede fundar sus afecciones en iguales creencias y en iguales esperanzas que ellos, ni ajustar sus actos de honor y virtud á los mismos principios. En la hora de las tribulaciones no encuentra refugio para consolarse, como el creyente, de las penas y adversidades y de la separación cruel de las personas queridas que va á depositar en la tumba, y el drama de la vida social se desenvuelve ante sus ojos tal como lo empezó á concebir desde la adolescencia: como conjuración magistralmente urdida para explotar á los tontos y vivir á expensas del prójimo; ó como una gran comedia, en donde nada hay de verdad, ni entusiasmos, ni convicciones, ni personajes, sino papeles convencionales que cada cual escoge ó recibe, pasiones y concupiscencias, y la fuerza y la astucia convertidas en ley suprema de los actos humanos. Esta criatura desgraciada irremisiblemente, acaba, por fin, encerrándose en el más absoluto egoísmo, y pensando sólo en vivir y gozar mientras se acerca la muerte.

Así, con el escepticismo degeneran las razas, y llega un día en que se quiere hablar á los hombres de sacrificio y de abnegación por la patria, y no se encuentra en ellos más que naturalezas muéles y debilitadas. No hay veneno más activo para enervar las generaciones; y la torpeza mayor, el crimen más abominable que puede cometer un gobierno, es el de contribuir ó consentir á que por medio de la enseñanza oficial se difundan en la patria tales contagios.

Con indiferencia estóica, y á veces con criminal complicidad, estamos, sin embargo, presenciando este envenenamiento sistemáti-

co de las nuevas generaciones por medio de la enseñanza oficial. Si el Estado no lo puede evitar, y en las cátedras universitarias vemos desatarse las herejías y sustentarse «todas las opiniones, hasta las más extrañas», resultando, como con tristes escarmientos lo hemos experimentado, que los poderes públicos son impotentes para conjurar males tan graves; y resultan inútiles también las leyes que se promulgan para que en las universidades y centros de la enseñanza oficial se respeten las creencias de los que allí envían sus hijos, y se enseñe conforme á la religión que profesan los que pagan la enseñanza, lo ménos que en justicia se puede pedir es que el católico no se vea condenado á entregar su hijo á tal enseñanza, y pueda, al fin, valerse de otros maestros y examinadores que los catedráticos oficiales.

Puesto que con el nombre de libertad de la ciencia y dignidad del profesorado ha sido emancipada la herejía en la enseñanza del Estado, justo es que el católico aparezca emancipado también de tal enseñanza, y no esté obligado á recibir la doctrina que el Estado monopoliza. Puesto que hay libertad para enseñar el error, que la haya también para evitarlo. Puesto que el Estado, por causas y circunstancias en cuyo exámen no fuera ahora oportuno entrar, se ha convertido, áun en los países católicos, en propagador de herejías, urge que la Iglesia pueda constituir sus centros de enseñanza, donde el dogma no ande contaminado con la impiedad. Urge que se levanten santuarios cristianos del saber, independientes del monopolio oficial, y cuyas cátedras no se entreguen al acaso, y segun las alternativas de la lucha política, á los discípulos de Cristo ó á los sectarios del Anticristo. Que el padre de familia, al cumplir los deberes más sagrados de la patria potestad, sepa á quién confía su hijo y qué es lo que le van á enseñar: si el Evangelio ó la moral volteriana; si le enseñarán á venerar las enseñanzas cristianas que su madre le descubrió desde la cuna, ó bien aprenderá á calificar de supersticiosa idolatría las creencias de sus mayores, y á blasfemar de aquellos símbolos augustos que sus padres no pronuncian sino con veneración y de rodillas.

Puesto que en las áulas universitarias, en fin, hemos visto pervertirse á la juventud y formarse generaciones anticristianas, que luego producian los huracanes revolucionarios, á la Iglesia corresponde contrarrestar el funesto contagio, colocando sus cátedras en-

frente de las cátedras y tribunas de los heterodoxos. Porque los políticos que empezaron su vida pública desahogando como tribunos exaltados el veneno de escepticismo y anarquía que recogieron en las cátedras del Estado, sobrecogidos luego de pánico ante tremendas catástrofes, y asustados al ver aparecer una tras otra en la arena política generaciones fanatizadas, que con furia de energúmenos sustentan las doctrinas más disolventes; tales políticos, repito, podrán, en efecto, no descubrir en la hora del miedo remedio más eficaz para contener las convulsiones de la anarquía que pedir mucha guardia civil, carabineros, infantería, artillería y caballería; pero cualquiera que penetre más á fondo en los problemas sociales sabe que contra semejante mal social no hay otro contraveneno que el de la doctrina cristiana, y que no cesarán las convulsiones mientras los principios y doctrinas de la Iglesia no sustituyan á las teorías y sistemas que sacudieron todas las disciplinas sociales; ni desaparecerán tampoco los cesarismos mientras el freno moral de las creencias, sujetando en la mayor parte de los hombres el desorden de las pasiones con la conciencia de cada individuo, no venga á hacer innecesaria la omnipotencia y tiranía de los poderes públicos.

Todos sabemos que los conservadores se alarman cuando ven en peligro su vida y amenazados sus bienes por las hordas de demagogos é incendiarios que salen de entre las revueltas muchedumbres. Todos sabemos que los gobiernos se arman de leyes energéticas contra la sedición cuando ven amenazado su poder por la conjuración de los partidos ó por el motín popular; y que los príncipes procuran recurrir á los elementos de fuerza cuando sienten conmovido el trono y desencadenado en su alrededor un huracán revolucionario que les amenaza de perdición y muerte. Pero fuera mejor que todos nos alarmáramos cuando por medio de la educación se envenena á la juventud y se desatan en un pueblo todas las concupiscencias. Fuera mejor que nos preguntáramos de dónde salen los tribunos de la anarquía y los incendiarios, dónde se forman las tempestades revolucionarias. Fuera mejor que, en lugar de contentarnos con las represiones sangrientas y las violencias de dictaduras y cesarismos para contener los tumultos de la demagogia, no nos hiciéramos cómplices de la propaganda disolvente que, con nombre de libertad de la ciencia, se permite que haga el cate-

drático oficial, consintiéndole sustentar sobre los principios más fundamentales todas las opiniones, hasta las más extrañas. Fuera mejor tener en cuenta que, alimentadas con sofismas, en lugar de sanas doctrinas, las generaciones que luego han de gobernar á la patria no pueden ser sino generaciones anárquicas, tribus de vándalos sin fé ni ley, gobernadas sólo por la concupiscencia.

No nos extrañe, pues, entre tanto, que con el soplo maléfico de las doctrinas pestilenciales que producen por donde quiera el vacío de la duda, veamos degenerar las razas y desaparecer los caracteres; y en lugar de corazones independientes y libres, cada día más raros, no hallemos sino corazones dispuestos para la servidumbre. No nos extrañe que el espíritu de rebelion, que en nuestro siglo tanto agita á las muchedumbres, lejos de haber emancipado algo, no haya hecho sino multiplicar las esclavitudes y producir siervos, tanto más viles cuanto con más orgullo ostentan el precio vil de la servidumbre, y se imaginan que, encubriéndose con ridículos disfraces de libertad, se convirtieron en libertos. Cuando el escepticismo ha contagiado á una raza, y se enervaron las almas por no tener más fé ni más principios que los goces de este mundo, los caracteres desaparecen, y con ellos las grandes individualidades, y en las naciones desquiciadas no quedan más que rebaños. La igualdad en la opresion comun hace las veces de la libertad comun; familias y pueblos entran en disolucion, descomponiéndose toda organizacion social en muchedumbres serviles, aunque revueltas en sedicion. Pueblos que no creen, tienen que ser pueblos de esclavos. No caben sentimientos de dignidad é independencia sino junto á convicciones profundas y conciencias firmemente poseidas de sus derechos y deberes morales. No cabe el heroismo sino al lado del entusiasmo; y no hay entusiasmo sino junto á la conviccion y la fé ardiente. La incredulidad enerva las almas y las prepara para la servidumbre, así como la fé las templea y las prepara para la libertad.

Deber tan patriótico como cristiano es, por consiguiente, hacer frente á la violenta agresion de que es ahora objeto el cristianismo. Si el ataque es rudo, y por todos lados se multiplican los asaltos de la impiedad, no menos energética debe ser la defensa. En ninguna época quizás se habrá presentado tan universal y amenazadora la negacion de los principios fundamentales del orden so-

cial; necesario es que para mantenerlos se organice una defensa proporcionada al ataque. No basta ahora refugiarse en el templo, y prosternarse allí buscando los consuelos de la oracion y la tranquilidad del santuario, para no oír la horrorosa tormenta que todo lo está destruyendo y asolando; es menester, además, combatir. Para los creyentes ha sonado la hora de las grandes batallas; es desertor el que no acuda á ellas. Y el campo de batalla principal es el de la enseñanza. En deplorable desorganizacion ha vivido hasta aquí la enseñanza cristiana durante el primer periodo de la gran contienda; y por no haber tenido la verdad la necesaria difusion no ha alcanzado ya los grandes triunfos que, tarde ó temprano, ha de conseguir. La réplica y la defensa no han guardado proporcion con las invectivas y los asaltos; de aquí que buena parte de los hombres, aunque cristianos de corazón y por sentimientos, en presencia de los sofismas y sistemas que la impiedad en toda ocasion exponia ante ellos, no apercibidos para la defensa, fueron víctimas de la duda y oscilaron en sus creencias, como nave entregada á mal piloto, que, sorprendida por la tormenta en medio de los mares, pierde luego el timon y se convierte en juguete de los vientos y de las olas. ¿Cómo ha de resistir al influjo del racionalismo el jóven que desde la infancia recibió por instruccion doctrinas incoherentes, y concluye sus estudios universitarios sin haberse podido fijar por convencimiento propio en ningun principio, ni haber tampoco penetrado á fondo las doctrinas de ninguna escuela, y no completa luego tales estudios sino con discusiones de jóvenes tan inexpertos como él, y juegos parlamentarios de ateneos y academias, ó con lecturas de periódicos y libelos de secta? Acaba de abandonar las aulas: todavía quizás no niega resueltamente, pero tampoco afirma: duda y vacila. Sobre algunos puntos la doctrina cristiana le parece admirable y sublime; mas sobre otros se agolpan en su mente objeciones que no ha visto resueltas de un modo satisfactorio; y esas objeciones, que todavía ignora cómo se resuelven, angustian su alma con el tormento de la incertidumbre. ¿Cómo en tales condiciones podrá resistir á la reiterada y múltiple agresion de que es objeto la creencia religiosa en literatura, en historia, en ciencias y filosofía? ¿Cómo el que presume de ilustrado, y es indócto, ha de tener valor para arrostrar las burlas y sarcasmos de esos centros donde suelen domi-

nar bulliciosos los que califican de oscurantista al que hace profesion de fé cristiana? En su afan de pasar por sábio no se ha de atrever á pronunciar el Credo en alta voz, cuando ve que los hombres que arrancan allí los más estrepitosos aplausos califican, á nombre de la ciencia, de supersticion, y de viejos y podridos ideales, á la fé de sus mayores.

Para vencer tales obstáculos eran necesarias firmes y arraigadas convicciones; pero los estudios universitarios, lejos de producir en él convicciones profundas, le entregaron á la duda. Así, desorganizacion de la enseñanza, amor propio y soberbia de docto recién formado, preocupaciones sociales, sueños y ambiciones del adolescente, hábiles propagandas de sectarios, halagos de los hombres comprometidos en una escuela por la soberbia del pensamiento ó por miras y pasiones de otra especie, y que necesitan á toda costa formar adeptos entre la juventud, todo se conjura para que el jóven ahogue en su pecho, al entrar en el mundo, los pocos sentimientos cristianos que se pudieron salvar durante la enseñanza académica.

Si el hombre ha de guardar su fé ante los ataques que se dirigen contra sus creencias, necesita saber confundir á los impugnadores, exponiendo ante ellos los motivos de sus convicciones. Cuando á nombre de la ciencia y de la filosofía ultrajan sus sentimientos religiosos, debe saber demostrar que la ciencia y la filosofía, lejos de estar reñidas con los dogmas, son, por el contrario, su más alta comprobacion; y que impugnar las creencias no es ni científico ni filosófico, sino impío y fanático.

Pero para conseguir esto último es preciso que la enseñanza religiosa penetre en las escuelas, en los laboratorios y anfiteatros, y en todo rincon donde se cultive la ciencia, completando en todas partes la enseñanza científica. Es preciso instruir y armar la juventud contra la impiedad; darle ciencia, mucha ciencia, verdadera ciencia. Que para defenderse contra el incrédulo sepa más que el incrédulo. Que esté amaestrada en la controversia de las objeciones y críticas que se levantan contra su fé; y no sólo conozca la verdad y la sepa exponer, sino que sirva también para refutar las objeciones con argumentos sin réplica, y vencer y condenar al racionalismo bajo cualquier forma con que se manifieste. Hay necesidad de que junto al pastor encargado de la cura de almas y del

sagrado ministerio del altar; que junto al apóstol heroico que sacrifica su vida para evangelizar á las gentes que nunca oyeron la buena nueva; junto al teólogo profundamente versado en los trabajos de los padres, apologistas y expositores antiguos, y consagrado á la enseñanza de las doctrinas é instituciones tradicionales, se forme la legion activa y militante de controversistas que defiendan la verdad con arreglo á las necesidades de nuestro siglo, hagan frente á todas las objeciones, procurando prevenirlas, si es posible, aún antes que se le ocurran al racionalismo, y refutándolas siempre con implacable dialéctica, multiplicando los escritos serios y profundos sobre todos los ramos, hasta despojar á la incredulidad del aparato científico con que ahora se quiere revestir.

Tiene el catolicismo ministros del altar, de celo y virtudes extraordinarias, que arrancan exclamaciones de asombro á sus mismos enemigos; tiene apóstoles de admirable energía para reanimar la fé y el fervor religioso entre los fieles; tiene héroes de la fé, que con abnegación igual á la de los cristianos de los siglos heroicos saben arrostrar los mayores peligros, y no retroceden ante los más terribles sacrificios para ir á anunciar el Evangelio á las más apartadas y desconocidas regiones de la tierra; tiene tambien doctores insignes, portentos de saber, depositarios de todos los tesoros de la doctrina tradicional; pero conviene que hoy se multiplique y se haga todavía más compacta la falanje de campeones escogidos entre lo más selecto de la juventud, que en el mismo campo enemigo, y diseminada por todas las clases sociales, impugne sin trégua la impiedad allí donde se manifieste. Conviene que esta falanje de controversistas sepa sustentar en todos los ramos del saber la misma ciencia de San Jerónimo, de San Agustín, de Santo Tomás, de Belarmino, de Suarez, de Melchor Cano, revistiéndola con el traje que requiere el espíritu de nuestros tiempos, y adaptando las réplicas y argumentaciones al gusto científico dominante.

Pero únicamente en áulras verdaderamente cristianas puede formarse la generacion aguerrida para sostener los combates de la fé en la controversia doctrinal. Esta regeneracion de la juventud en el terreno de la ciencia únicamente puede conseguirse por medio de la enseñanza. Urge, pues, como decíamos, que la Iglesia reconstituya sus instituciones de enseñanza para infiltrar sus bien-

hechoras doctrinas en el cuerpo social. Urge pedir la abolicion de la centralizacion y de todos los monopolios opresores en materia de instruccion, y reclamar contra las usurpaciones del poder civil los fueros y la libertad del padre de familia para con sus hijos, y de la Iglesia para con sus fieles. Tal es el único medio de que, desde la infancia hasta la edad madura, desde las primeras y segundas letras hasta los estudios universitarios, desde las humildes escuelas municipales y parroquiales hasta las instituciones de altos estudios católicos, puedan saber los padres á quién confían sus hijos, y si van á respetar los maestros la enseñanza que el niño recibió en el hogar. Sólo así las nuevas generaciones se formarán con arreglo á una enseñanza uniforme, sin verse, en la hora en que todavía son incapaces de resistir al sofisma, expuestas á recibir doctrinas contradictorias, que llenan el corazon del adolescente de tristes ponzoñas morales, que se traducen al fin para los pueblos en espantosas catástrofes.

Para ello, que todo padre de familia reclame el respeto de los derechos más sagrados de la pátria potestad, y todo hombre religioso preste ayuda á la Iglesia, esforzándose en remover todos los estorbos políticos y morales que se oponen á este interés fundamental. Pero si tan nobles intentos han de alcanzar completo triunfo, y no ha de ser estéril la lucha, téngase en cuenta cuáles son las circunstancias de la época presente, cuáles los elementos de acción que pueden dar resultado eficaz, cuáles las armas que conviene emplear dentro del campo de batalla de las sociedades modernas. No hay que partir del supuesto que al Estado moderno, tal como se ha constituido en casi todas las naciones europeas, sea posible aplicarle en materia de enseñanza, como en otros ramos de la vida pública, los remedios propios de un Estado identificado con los principios de la Iglesia. Cualquiera que sea la rectitud de intenciones que individualmente puedan animar á algunos políticos; cualesquiera que sean los buenos propósitos que pudieran remover, y los esfuerzos que intentaran hoy hacer algunos gobiernos para resistir á las consecuencias de su propia situacion, se han de ver obligados, por el imperio de la propia naturaleza anticristiana del Estado moderno, á producir obras y frutos anticristianos. La enseñanza que dé ese Estado no puede representar sino la indiferencia en materia religiosa, cuando no una hostilidad mani-

fiesta; y fuera tan inútil como imposible intentar que en las cátedras oficiales no se manifestaran sino doctrinas de completa ortodoxia. Siendo como es heterodoxa la misma constitución del Estado (por más que alguna vez se declare por fórmula en las constituciones escritas que el Estado es católico), está en la naturaleza de las cosas que semejante constitución heterodoxa se manifieste con doctrinas heterodoxas en las cátedras oficiales, sin que haya manera de poderlo evitar. Fuera, pues, esfuerzo vano y trabajo estéril reñir porfiadas batallas para que la enseñanza oficial del Estado moderno se sujete á la doctrina católica. Tal remedio pudo ser bueno, y el único eficaz en otro tiempo; hoy se ha hecho impracticable. Por eso, sin dejar de reclamarlo como consecuencia del principio constitucional allí donde el Estado se dice católico, no se funde, sin embargo, en él ninguna esperanza. Lo que ahora conviene, por el contrario, y es tal vez el único medio legal, dadas las circunstancias actuales, y por de contado el único eficaz, es que el cristiano, colocándose dentro de las instituciones modernas, y armado de los derechos y recursos legales que estas leyes le prestan, profiera el grito de San Pablo ante las magistraturas del imperio romano: *Civis romanus sum*, y reclame para sí el respeto de los derechos comunes de la ciudadanía.

Puesto que el Estado moderno considera nulos los títulos del derecho divino de la Iglesia, ante él se ha de invocar el derecho público vigente. Si á las potestades temporales de ahora no les parecen fuentes legítimas de derecho las bulas y decretos pontificios, se les debe presentar el texto constitucional y exigirles que respeten en todo ciudadano sin distincion lo que ese texto dispone, y que, como ciudadano, disfrute el católico las mismas libertades que sus adversarios. Como alcanzó el ilustre O'Connell la libertad de Irlanda, debe ahora procurar el católico alcanzar la libertad de su escuela. Las constituciones proclaman la libre emision del pensamiento y la libertad de enseñar para todo súbdito nacional ó extranjero; pues que de esos derechos constitucionales disfruten tambien los católicos. Colocados en tal terreno, únicamente un cesarismo infucio y violento, que muy pronto se tendrá que reconocer impotente para continuar la lucha, aunque sea un Bismark quien lo ejerza, ó bien el radicalismo más exaltado y frenético, como ahora sucede en Francia y Bélgica, podrán atreverse á ne-

gar al cristiano lo que es derecho común de todo ciudadano. Y para establecer semejantes leyes de excepcion son de tanta magnitud los atropellos é injusticias que se han de cometer, la lucha política ha de revestir tal carácter de persecucion é iniquidad, que las naciones no presenciarán largo tiempo impasibles tales escándalos, y hasta los más indiferentes en materia de religion se habrán de poner del lado de los oprimidos, produciéndose fatalmente en la opinion formidable explosion de odio contra los perseguidores. Ese es en el día para el católico el título más eficaz de pedir, y el único camino que le ha de llevar á la libertad de la enseñanza cristiana. Así es como conseguirá que cese el monopolio doctrinario del Estado, y que la escuela cristiana se separe de esa intervencion heterodoxa. De cualquier lado que nos volvamos, encontramos como remedio la libertad, viéndonos reducidos á exigir la simplemente como un derecho constitucional, así para el individuo como para los católicos.

